

La metamorfosis del lenguaje

Repaso con urgencia y con preocupación mi repertorio idiomático. ¿Será posible que éste se haya transformado de tal manera que pueda parecer distinto a quienes de alguna manera han tenido la curiosidad de seguirle a lo largo de años y años de uso? ¿Es científicamente aceptable que un lenguaje pueda enriquecerse o depauperarse, sin que el propio usuario se dé cuenta, por razones climáticas, o por transformaciones biológicas, o, lo que es mucho más alarmante, por influencias político-sociales?

En lo que se refiere a mi caso concreto, yo me permito dudar, por cuanto todas las circunstancias que producían el fruto lingüístico que he venido expendiendo o contratando, porque de algo ha de vivir el ser humano, son idénticas.

Y sin embargo, algunas gentes, supongo yo que mal orientadas aunque posiblemente regularmente intencionadas, me aseguran que mi lenguaje ha sufrido una apreciable alteración. Ya no es el mismo. Me recluyo en mis laboratorios y someto el lenguaje que uso a los más fuertes reactivos. El resultado es consolador: el lenguaje es el mismo. Ergo, el que ha cambiado es el receptor. He ahí la cuestión.

LA DINAMITA DE LOS DESPLAZADOS

Lo que sucede en fenómenos como este que anoto, es que el receptor de un lenguaje, como el lector de un periódico, no se acerca con la misma disposición de ánimo, ni con parecidos estímulos a los medios de comunicación, incluyendo el libro, cuando las circunstancias —y el lector y oyente en ellas—, cambian, o para ser más concretos, cuando de una situación de fuerza, de dominio, de dictadura que se dice, se pasa a otra de distensión, de convivencia, de relación de-

mocrática, o que aspira a serlo.

En la primera de las situaciones, es decir, cuando el lector o el oyente se sienten sojuzgados y sin valor personal para romper las murallas que se levantan a su alrededor, cualquier forma de expresión que contenga un adarme de resistencia, de protesta, les parece argumento sobrado.

También ocurre que los que soportan con complacencia la tiranía, porque comulgan con sus preceptos y con sus ruedas de molino, así que ésta se disuelve y su vacío es ocupado por otra mención política, exigen, esta es la palabra, exigen, de los que, con palabra clara o sobreentendida la combatieron, que utilicen el mismo armamento contra la nueva situación, y no por otra cosa que por ver de dinamitarla.

LAS ULTIMAS FIDELIDADES

Esto ya va estando bastante más claro: Los que nunca dijeron esta boca es mía, porque el miedo es libre o porque los intereses no deben comprometerse románticamente, al cambiar el estado del tiempo, la configuración política del país, que llamamos también España, se sitúan hábilmente en cabeza para el impropio, para el alardeo de vanguardismo político, y aprovechándose de la libertad democrática que se les concede, los que nunca hilaron hasta el martes de Carnaval y permanecieron callados como muertos durante cuarenta años y cuarenta noches, recogen de la calle los términos más furibundos o les inventan y hacen uso de ellos, no como expresión de sus generosidades políticas, sino como instrumentación para sus últimas fidelidades. Gritan, vociferan, sacándose de los antiguos y permanentes miedos, de las cobardías sempiternas, redondos y sonoros tópicos. Y, claro, sus palabras, sus

energuménicas expansiones, parecen chocar contra aquellas otras que siguieron en todos los momentos la línea correcta de la conquista de la libertad y del respeto hacia la condición humana. "No cambio, sino cambian", es la respuesta.

LOS QUE CAMBIAN SON ELLOS

Luego están los desplazados de sus congruas posiciones, los fieles a los principios de los intereses sagrados, los inevitables detractores de todo aquello que de algún modo viene a turbar la gloria y la fortuna de los mediocres, conseguidas con el solo esfuerzo de las prestaciones incondicionales: Estos, "sienten", efectivamente, la ausencia de unos modos de expresión que les ayuden en sus oscuros deseos de venganza.

Y ya las palabras de los demás, no les dirán lo mismo que cuando las escuchaban desde sus cabinas de mando, cuando decretaban sobre el bien y el mal, sobre lo positivo y lo negativo, ahora les parecerán flojas, mesuradas, cuando la verdad demostrada es que la metamorfosis del lenguaje solamente se produce en la intención, en el deseo, en el interés de los demás.

Salgo convencido de mis meditaciones: Está perfectamente claro: Los que cambian son "ellos".

Y sin embargo, se mueve

Aunque aparentemente parezca que nuestro mundo interior, y me refiero metafóricamente a este pequeño mundo leonés, en el que estamos afincados, al que de modo especial nos debemos y en el que hemos de hallar las soluciones inmediatas que correspondan a nuestra integración y sobre todo a nuestra rehabilitación, permanece estático y hasta sin pulso, la verdad es que "sin embargo, se mueve".

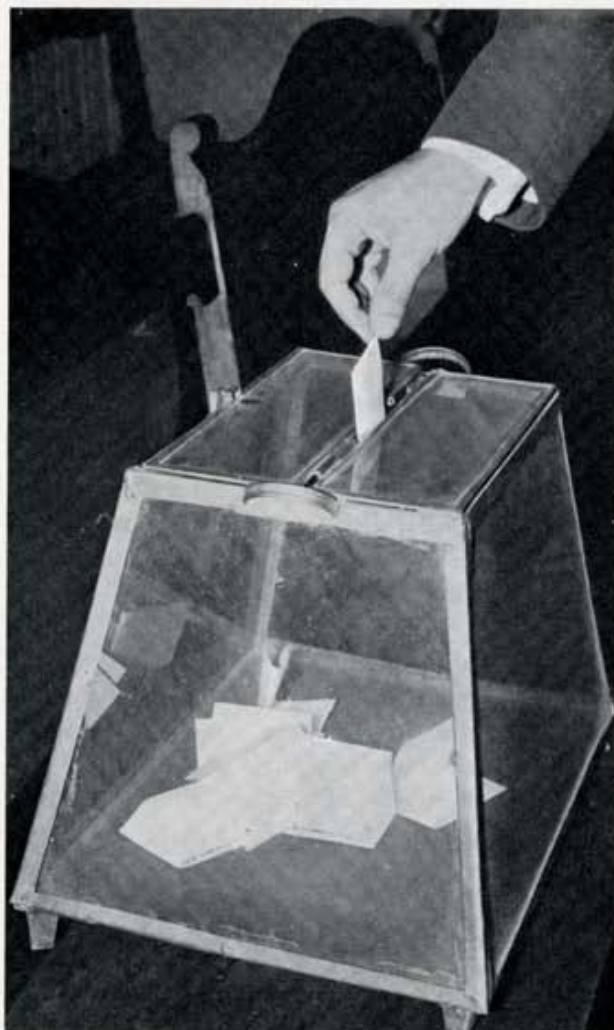
Una corriente subterránea de vibraciones, de materias en ignición sublevan de vez en cuando su corteza y nos hacen sentir la vida interior que le conmueve.

Y es claro que me refiero a la vida política, por cuanto cabe decir, tal vez con extremismo expresivo y conceptual, que lo que no es política no es nada. O, si os parece mejor, que todo es política.

La política leonesa se ha caracterizado, a lo largo de su historia, de su convulsa y variada historia, pre-

cisamente por la singular capacidad de sus hombres más representativos para el ejercicio de ese arte de lo posible que es la política. Yo creo que desde los remotos tiempos de su conformación como cuna de nacionalidades hasta nuestros días, pasando o deteniéndose en figuras bien eximias que figuraron en la vida pública nacional contemporánea con acento propio.

No quiero decir, nombre por nombre, cómo se llamaron estos hombres que de alguna manera conformaron el cuerpo socio-político de León, por si incurriera en olvido, en cualquiera de esos olvidos que no se perdonan, o en alguno de esos calificativos que jamás se olvidan. Pero lo que sí cabe asegurar es que pocos pueblos o regiones o comarcas o países o nacionalidades o como den en llamarse los distintos pueblos que conforman el mosaico nacional, como León, han sentido la llamada de la política. Y no por ambiciones personales o por pujos de supremacía o por flujos de vanidad, aunque, naturalmente, de todo pue-



de y debe haber en la viña política, sino, principalmente, porque el leonés es un político por naturaleza, por afición y por costumbre. Y todos sus movimientos, todas sus reacciones e incluso todas sus buenas voluntades están orientadas precisamente hacia la acción política.

No es apasionado en sus entregas el leonés, pero es fiel, es constante y es seguro. Así han podido transcurrir años y años y sucederse incidencias dramáticas y provocarse versiones y reconversiones de la más distinta índole, y siempre, por encima o por debajo de la piel de la circunstancia, el leonés alimenta y mantiene, con el ceremonial de los ritos ancestrales, sus principios.

También de ahí proviene la variedad de sus opciones. Mientras que en otros pueblos, así que se formulan nuevas perspectivas, desaparecen las tradicionales trincheras, en León no; en León se mantienen, contra viento y marea, contra todos los pronunciamientos novedosos.

Así es posible contemplar hoy, a pesar de su aparente inmovilismo y silencio, una de las barajas políticas más ricas, más variadas, más copiosas que en la partida nacional puedan barajarse. En la variedad está el gusto. Y si nos atenemos a este principio, León es pueblo de refinados gustos políticos. Bien es verdad que también hay que recordar la sentencia de que "hay gustos que merecen palos".

Sobre el amor, la amistad y la política

Dí con aquellos pliegos, alterados de numeración y no demasiado convincentes de escritura, por un azar que pienso afortunado... Me encontraba contemplando uno de esos derribos a los cuales tan propicios y consecuentes son los municipios de las viejas ciudades con Patrimonio Artístico y monumental, amén del histórico, que a todas se las supone, cuando, entre los escombros, descubrí un manojo de pliegos apergaminados. Firmaba en uno de ellos un tal Andresillo de Tranquilandia, pero bien caí en la cuenta de que se trataba de un apócrifo, por cuanto la caligrafía más que al siglo XVII, respondía claramente a la que se enseña en los modernos colegios; es decir, no se trataba exactamente de un escrito alfabético, sino de un dibujo, porque los actuales amanuenses, con lo de la

cibernética, no escriben, dibujan; como los contables no cuentan, manejan resortes. El título de aquella sorprendente entrega, también me pareció un tanto enfático y farragoso, fruto pienso yo de una imaginación anclada en libros de caballería y en episodios sugeridos por las andanzas de los pícaros de nuestra novelística del llamado Siglo de Oro. Pese a cualquiera de las reservas mentales que pudieran despertar en los tales papeles, les doy a la luz, es decir, les publico y que sea lo que Dios quiera:

La amistad es objeto de tanta fragilidad que a veces con sólo mirarla se quiebra. Lo indicado por la ciencia y por la experiencia para conservar a un amigo, es no pedirle que demuestre su amistad. Yo tenía un amigo que era como un padre para mí, como un hermano, como un amigo, ya lo dije. Me sorprendía con sus demostraciones de afecto y con sus encomiendas: "Pídemelo lo que quieras". Porque la verdad era que a mi vez yo le había servido con solicitud y fidelidad. Cuando llegó el día en que necesité de mi amigo, éste extremó sus gestos y abriendo los brazos como para acoger el mundo, me decía: "Al fin me será dada la fortuna de poder demostrarte mi cariño y también mi gratitud, puesto que el que no es agradecido no es bien nacido"... Mi amigo no es bien nacido.

A veces, el ser humano se transforma en otra cosa. Y se hace político. El político está por encima, o por debajo, no lo se, de la exacta y verdadera condición humana. No le pidáis al ente político ni fidelidades a la amistad, ni siquiera devociones sentimentales. El político en esencia se debe única y exclusivamente a los intereses de la política, o del partido. Un político para serlo en profundidad debe estar dispuesto en todo momento a engañar a su confesor, a vender a su



padre (político, por supuesto), a postergar sus efusiones amorosas, a practicar el transformismo. Lo que en cierto modo convierte al político en una máscara, no es su facilidad para ocultar el rostro o su singular presteza para cambiar de hábito: es que ni a la máscara ni al político les conoce nadie.

A muchos puristas les sorprende que gentes, obviamente honestas en el ámbito familiar, así que entran en contacto con el amor o con la política, que son juegos similares, porque en ambos se manifiesta la atracción erótica sobre todas las demás, cambien de titulación, de talante y aun de Diccionario. Cuando es lo natural: ¿Cuándo en la historia de las transformaciones políticas españolas se ha dado el caso de que sean "otros" los que mandan? Siempre serán los profesionales. Ya en los tiempos históricos de la pertinaz sequía, de la masonería y del comunismo, sin euro, se encomendaba a los avisados, que se apresuraran a apuntarse a "los camisas viejas de lo que viniere". Y esto es lo que ha sucedido en España. ¿Por qué asombrarse?

La resistencia de los Ayuntamientos nacionales, regionales o locales a disolverse es conmovedora. Luchan con los estrados puestos, dispuestos a perecer entre los escombros, antes de abandonar el "puesto que siguen teniendo allí". No caen ni aunque se les empuje, ni se despegan de sus vocaciones municipales ni con agua hirviendo. Afortunadamente, hacen lo mejor que pueden hacer: no hacer nada... Porque sería trágico que estos condenados por desconfiados, considerando la fugacidad de su permanencia en los solios facilitados en tiempos de menores exigencias democráticas, les diera por planificar grandes empresas, con el mismo espíritu de desquite del obrero cuyo despido ha sido decretado, diciendo para su capote o sayo: "Para lo que vamos a durar en este convento"...

En la mayor parte de las provincias, capitales, ciudades, pueblos y aldeas se está sometiendo al ciudadano a una espantosa presión: Se le intenta incorporar a las listas para concejales. No hay gentes en el país para cubrir los puestos que se previenen como necesarios para los municipios. "¿Quiere usted ser concejal?", le preguntan al obrero que corre a colgar chapa, al funcionario que no corre ni para abrir la ventanilla, al campesino que ha dejado el tractor en la carretera, al profesor que ha abandonado a los niños como en las novelas por entregas de Luis del Val... "¡Eh, por favor, señor usted —le gritan, observando su tendencia a escapar de la red que se le tiende—, piense que por ese camino puede llegar a ser Alcalde

de su pueblo"... Pues bien, todas las actuales dificultades para encontrar candidatos para cubrir los puestos de los Concejos de España, se vencerán así que se haga público, lo que, de acuerdo con las nuevas Leyes de Bases, habrán de ganar los concejales, los alcaldes, y los etcéteras. Se dice que los Alcaldes ganarán tanto como algunos Diputados y también que los concejales serán equiparados a los Senadores... ¡Será una carrera en pelo!

Cuando, reinando en el Municipio el Sr. Llamazares, de felice recordación, se trató de rescatar de las manos o de las palas del Ministerio de Obras Públicas, lo que fue patrimonio municipal, cedido generosamente, (porque los ediles cuando se trata del dinero o de los bienes ajenos, son de una facilidad para el donativo de personajes de "Emmanuelle"), pues quería decir y digo que cuando la Corporación que comandaba don José planificó la estrategia para conseguir la devolución del llamado Vivero de Obras Públicas, (que nadie se explica lo de Vivero, porque además de que allí no vive nadie, tampoco sirve para instrumento de repoblación), se llevaron a cabo gestiones, se estudiaron canjes, permutas y cesiones, se establecieron las bases y hasta los territorios de dominio y los de obligada cesión. Y en eso quedamos porque al parecer el Ministerio de Obras Públicas, que había obtenido los terrenos por "la cara", del propio Ayuntamiento, puso reparos. Ahora, dicen que se están haciendo nuevas gestiones. ¿Para qué? Que se saquen de los archivos las viejas. Y a lo peor sucede lo mismo ahora que en la hora...

¿Y a mí que me caen bien Adolfo Suárez, Santiago Carrillo, Felipe González, Manuel Fraga y el Honorable Tarradellas?... Es que no hay otros. O, como dice la copla leonesa que con tan copiosa erudición estudió D. Florentino Agustín Díez en su conferencia de fin de curso institucional de la Diputación Provincial,

"... Y si les hay no les veo,
estarán en la cocina
espumando los pucheros"...

Yo no digo mi canción, sino a quien conmigo va

Quiero decir que nadie se sienta ni aludido ni incorporado, si no lo tiene a bien, si no le interesa la meditación, si pretende sostenello y no enmendallo.

Porque yo no digo mi canción sino a quien conmigo va, es decir a quien está dispuesto a recorrer un camino pedregoso, en el cual no va a encontrar pétalos de rosas, sino quizá zarzales arrancados por los malos vientos.

Mi canción universitaria tiene trémolos de apasionada desazón. Se nos dijo, se nos aseguró, cuando soplaban vientos de sumisión y de esperanza, que el tema de la Universidad de León estaba concluso para sentencia, con tan buenos informes que posiblemente, que indudablemente, la Universidad leonesa, por la que tan generosamente hemos abogado todos, poniendo "de nuestra parte" no solamente el trabajo sino el hilo, estaría en funcionamiento en el Curso que nos disponemos a inaugurar.

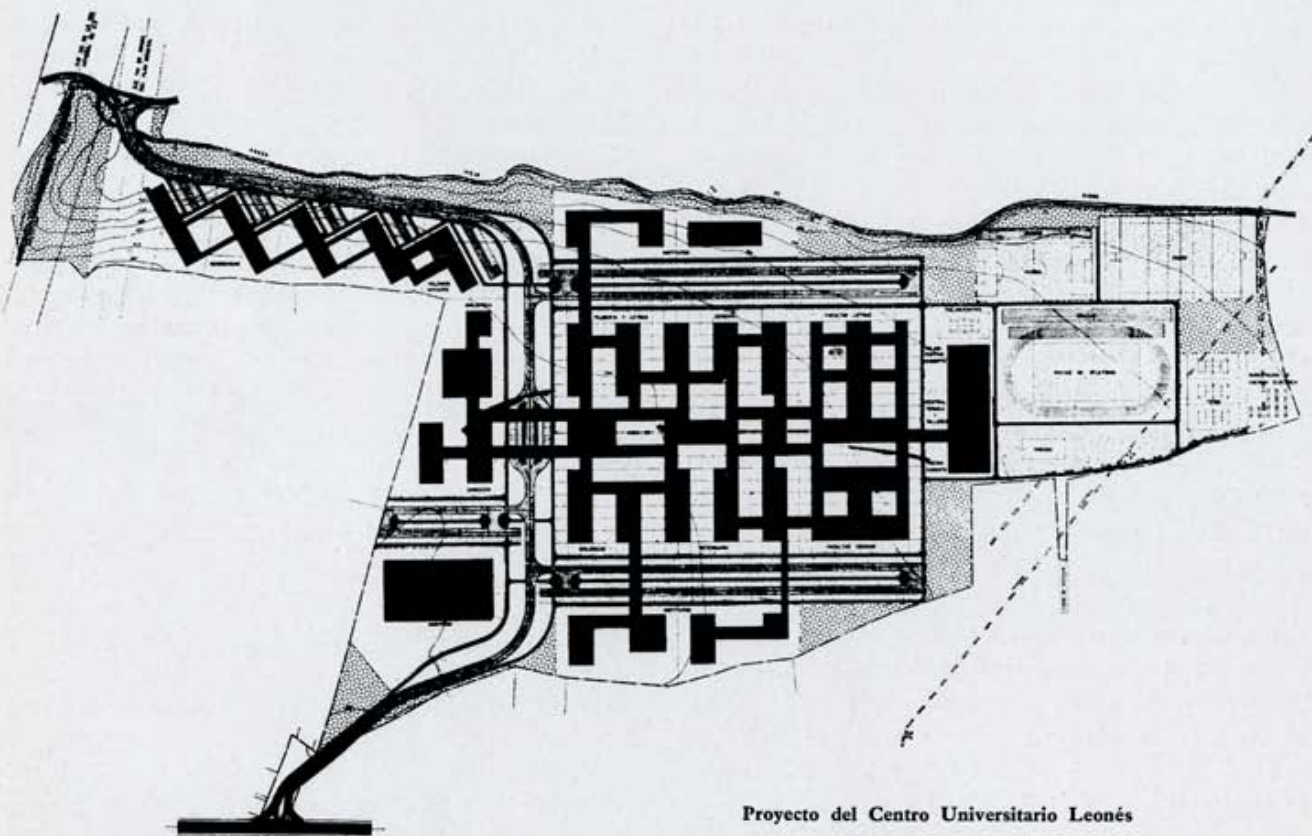
Todos los Organismos y estamentos comprometidos en la contienda rehabilitadora de la entidad universitaria leonesa, se apresuraron a cerrar filas y a impulsar los trámites y las obras. Pese al afán de algunas figuras con espíritu protagonista, todos cedieron ante la bienaventuranza que se nos prometía y sobre el verde tapete del juego universitario quedó, sola y expectante la carta leonesa.

Transcurrió el tiempo, pasaron los meses y ¡ay! acaso también pasarán los años, como en el romance del Cristo de la Vega, y las esperanzas se amortiguarán y las promesas —con mucho acento electoral— se repetirán y los leoneses volveremos a sentirnos dejados un poco de la mano providencial de los Ministerios.

En una reunión celebrada recientemente en León por el grupo político felizmente gobernante, se pronunciaron palabras que tuvieron el doloroso privilegio de sumirnos en el más completo desánimo. Se dijo, nada más ni nada menos: "De la Universidad de León —tema que también está en vía muerta a pesar de que dentro de unos días comenzará el curso académico, en el que debía funcionar ya, será el primer proyecto de Ley que se aprobará en cuanto el Congreso inicie su actividad después del periodo de vacaciones"...

Y el hombrín leonés, maestro en paciencias y en frases definitivas, se dice para su capote: "Eso se lo dirá usted a todas"...

Y no es que los leoneses se sientan impacientes, porque repito que no existe en toda la ordenación autonómica de España, una región o nacionalidad que disponga de un caudal más copioso de recursos



Proyecto del Centro Universitario Leonés

para la espera. El leonés, según afirman los sociólogos, constituye una especie humana tan acostumbrada a perder, que el ganar, cuando gana, le irrita.

Sabemos, nos consta hasta la evidencia, que todos los partidos políticos y todos los Organismos interiores, Estamentos, Instituciones, Cámaras y Patronatos del interior están poniendo en la hoguera universitaria toda la carne, no solamente de sus preocupaciones y de sus inspiraciones, sino también todos los medios económicos que la empresa demande.

León —¡qué enorme ejemplo de desprendimiento!— lo pone todo en la gloriosa aventura de su Universidad, cuando en “otros” casos el Estado acude providentemente en apoyo de reivindicaciones análogas de otras regiones. Y a pesar de ello...

La bonita historia del polígono de las Eras de Renueva

Estoy convencido de que León carece del necesario mecanismo de información que nos permita a los

leoneses sencillamente estar al corriente de “los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa”, que diría Mairena.

En León suceden cosas, como en todas partes, pero así como en todas partes aparece, en el momento necesario, el Cronista que puntualmente registra el suceso, aquí en León, no; aquí se sostiene el suceso en la atención general durante el tiempo natural que físicamente se considera lógico para que no se encone, y después se olvida totalmente, absolutamente, como borrado del mapa por una tormenta de arena.

De no ser así, los leoneses tendríamos a estas horas una excelente, entretenida y brillante historia del “Polígono de las Eras de Renueva”, en el que tantos intervinieron, en el que tan copiosos intereses se pusieron en juego, en el que tantos ganaron y tantos otros perdieron hasta la camisa.

Un buen día, o si se quiere, un mal día, se decidió acotar una extensísima parcela de los campos y huertas de León, al pie del Bernesga y al costado o mejor al retortero del Hostal, para la ordenación de un territorio, debidamente urbanizado y convenientemente estructurado, que permitiera el relajamiento de la altísima tensión tarifaria del suelo inte-



rior, sometido a especulaciones bárbaras.

Se explicaba que una vez puesto en marcha el proyecto de urbanización de las Eras de Renueva, forzosamente los precios del suelo para la construcción habrían de rendirse. Era como una exportación de choque, pero en territorio aprovechable para viviendas más o menos sociales.

Todos conocemos en León la efemérides: Se procedió a incautaciones, a adquisiciones en bloque. Se elevaron reclamaciones. Se instruyeron expedientes. Y al final, o si se prefiere, a la conclusión de este primer capítulo preparatorio, el terreno quedó listo, con sus planificaciones, ordenaciones y estructuras.

El episodio había costado un montón de millones. Y de pronto, sin saber exactamente por qué, o precisamente por conocer las causas y los efectos del fenómeno, el Polígono se paralizó. Y ahí está, para quien quiera algo de él, al cabo de ¿cuántos quinquenios? ¿Y en qué condiciones? ¿Y en qué manos?...

Los leoneses, que pertenecemos a una raza vieja, contemplamos con pena no ya la paralización del proyecto del Polígono de las Eras de Renueva, sino la degradación de todo lo construido hasta el presente y la natural y lógica revaloración del territorio, que hace que el desarrollo del proyecto inicial haya de sufrir muy severas rectificaciones, lo que lógicamente llevará años y años. Hasta que la muerte nos separe de la realidad y entre las calles trazadas crezcan las malvas del total olvido...

Naturalmente que esto no es un *réquiem*. Pretende ser una angustiosa apelación a quienes pueden y deben mover los mármoles que guardan los expedientes.

La sublevación de las Cajas de Ahorro

Tenía que suceder. Los recursos de las regiones más depauperadas, de los pueblos más postergados, de los burgos más perdidos y hasta podridos, venían siendo pasto de la avidez de las nacionalidades o reinos más boyantes, más prósperos, mejor pertrechados.

Las buenisimas gentes humildes, las pobres gentes que desde los ancestros venían siendo el sostén de la gran familia española, quitándose el pan de la boca, ahorraban y ahorraban, para que sus dineros contribuyeran de alguna manera a la reconstrucción, a la

rehabilitación de la España común.

Pero, a través de los canales establecidos, preferentemente las Cajas de Ahorro —y también Montes de Piedad—, establecidas precisamente para acudir a remediar las irregularidades distributivas de la renta en relación precisamente con las necesidades directas de sus abonados, de sus “imponentes”, como se dice con uno de los términos más crueles que se conocen, el ahorro, el pequeño margen de las hambres, las plusvalías del sudor, las migajas de la miseria, se enderezaban hacia las regiones ricas, hacia los pueblos elevados, entre todos, a las cumbres de la prosperidad.

Y las tierras de estos pueblos pobres se vaciaban de humanidad, porque los hombres, después de haberse desprendido de sus mínimas monedas, se veían obligados a abandonar los campos desatendidos, para acudir a prestar también los brazos a aquellos otros lugares a los cuales había acudido su dinero.

CONTRADICCION E INJUSTICIA

La contradicción, la injusticia incluso, resultaba sangrante. Y llegó un momento en que los hombres acogidos y retenidos en estas parcelas abandonadas de la España de todos y para todos —según aseguran— repasaron serenamente sus condicionamientos y se dijeron: ¿Qué pecado hemos cometido nosotros, ni a qué juego de contradicciones estamos sometidos para que nos veamos reducidos a la condición de meros instrumentos de la prosperidad de los demás? ¿Por qué sinrazón, este dinero mío y este sudor mío y estos recursos nuestros no han de ser empleados precisamente para nuestro provecho, para nuestro resurgimiento, para nuestra reconstrucción? ¿Es que por desventura, hemos de ser siempre los pobres los que tengamos que soportar las solicitudes de los ricos? ¿No ha llegado el momento de decir basta y de que nuestros dineros y nuestros esfuerzos y nuestras riquezas naturales sean explotadas y utilizadas también para nuestro beneficio? ¿Nuestros ahorros solamente han de servirnos para subrayar nuestras necesidades, en tanto que otras regiones se aprovechan de ellos? ¿Es que castellanos y leoneses hemos de seguir tributando los reales de nuestra miseria para el engrandecimiento del Reino?... ¿Por qué hemos de tener que recordar de continuo la copla quevedesca, que nos propone como los pacientes andrajosos de nuestras propias generosidades?

“En Navarra y Aragón
no hay quien tribute un real;
Cataluña y Portugal
son de la misma opinión.
Sólo Castilla y León
y el noble reino andaluz
llevan a cuestas la cruz”.

LA CAJA DE AHORROS DE VALLADOLID DICE BASTA...

Tenía que suceder. La Caja de Ahorros de Valladolid ha dicho que no. Cuando por la Confederación de Cajas de Ahorro de España, que es la entidad rectora de las instituciones, se les pidió a las Cajas Provinciales que atendieran una emisión destinada a Cataluña y a Navarra, —en uso de lo que preceptivamente establecen los Estatutos o las ordenaciones de las Cajas con el Estado—, la Caja de Ahorros de Valladolid, dijo no. Dijo sencillamente ¡basta! Dijo claramente que ya estaba bien de que los recursos de Castilla y de León se hicieran derivar hacia otras regiones infinitamente mejor dotadas y en insuperables

condiciones para su propio financiamiento, mientras las tierras y los hombres de Castilla y de León quedaban abandonados a su suerte, a su mala suerte, y los ahorros de los esforzados supervivientes del abandono tradicional de las milenarias necesidades, en lugar de acudir a enderezar el tremendo entuerto castellano-leonés, fuera utilizado en regiones de superior calificación económica. Nunca Castilla y León se negaron a cumplir sus compromisos solidarios con el resto de España. Pero ¿cuándo esa España “otra” de las grandes ventajas y de los privilegios va a acordarse de Castilla y de León?...

La Caja de Ahorros de Valladolid ha dicho rotundamente que no, que ya basta, que el dinero y el sudor de los leoneses y de los castellanos debe ser empleado en enjugar ese sudor... La Caja de Ahorros de León no ha dicho nada.

La nana de la patata

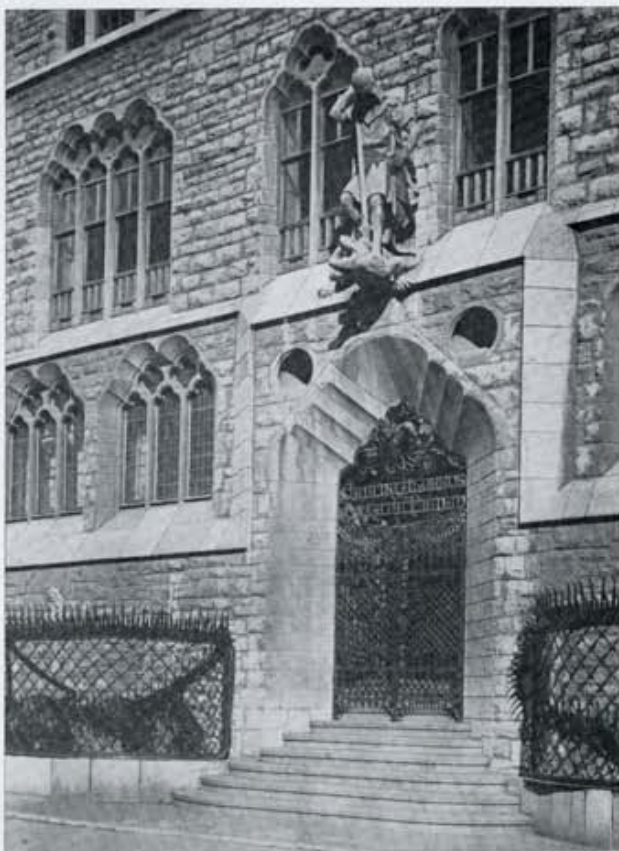
Y la voz repetía, sin músicas ni entonaciones abstractas, como una letanía:

“Duérmete, mi amor,
que la patata se quema
y el campo es un clamor.
Ea, mi niño, ea...
¿Quién te roba la patata?
¿Quién te hambrea?...

Me di cuenta de que se trataba de lo de siempre. Solamente que esta vez nos había cogido a todos sumidos en las delicias de la vacación, y el eco de la “Nana de la Patata” se nos confundía con los frescos ramalazos de la mar.

¿Quién le hambrea al hombre español? Y desde cada una de las llamadas plataformas de la comercialización, que son como los laboratorios en los cuales se manipulan las hambres generales, sin que, al parecer, tengan acceso a éstas las fuerzas ejecutivas encargadas de corregir demasías de los unos y de los otros, se emiten justificaciones sin justicia y razonamientos sin razón.

El campesino, productor, se queja de que solamente alcanza unos precios, no compensadores, de cinco a seis pesetas (parece ser que los últimos ofrecimientos oficiales se colocan en las siete pesetas), cuando, entre unas cosas y otras (que en honor a la ver-



dad nunca se acaban de esclarecer con la suficiente fuerza comprobatoria) al trabajador de la tierra, quiero decir al productor, que no es siempre lo mismo, le salen aproximadamente a unas 7,20 pesetas. Se habla de kilos, para no asustar a la clientela, para no dar la medida aproximada de lo que representa para el productor, que no siempre es el siervo de la gleba, el importe de una cosecha por hectárea.

El labrantín se queja, sin duda con motivos bien fehacientes, así que comprueba cómo la patata, que crió con su tierra, con sus riegos y con sus manos, adquiere en el mercado, cuando la requiere la madre para las papas de su niño, el exorbitante precio de quince o de veinte pesetas, según mercado, fechas y maniobras. También aquí se habla de kilos para evitar el escalofrío que puede producir el conocimiento del volumen del negocio calculado en toneladas.

Y el campesino, llevado por un elemental principio de inercia mental, se pregunta por qué va a ser él el sacrificado en un "affaire" del que tan congruos provechos sacan intermediarios, almacenistas y detallistas, entre otros. Y sin encomendarse a ningún santo, ni atenerse a ningún principio de solidaridad humana, hacen de la cosecha de "sus" patatas la gran pira nacional, mientras millones de madres españolas, que no tienen culpa de nada, repiten la dolorosa melopea:

Duérmete, mi amor
que la patata se quema
y el campo es un clamor...

Pero ¿quién quema las patatas, en realidad? ¿El productor, irritado, que en vano reclama unas estimaciones por su trabajo, de acuerdo con las regulaciones del mercado o el intermediario, que, sin comerlo



ni beberlo, maneja sudores y necesidades y se beneficia escandalosamente, o el almacenista, que juega alevosamente a retraer el producto cuando le conviene, para violentar las alzas de los precios e inunda el mercado cuando le conviene acogotar al campesino, poniéndole ante la disyuntiva de ceder el producto al más bajo precio o dejar que se le pudra en la tierra; o el detallista, que sostiene márgenes comerciales exorbitantes?... ¿O el dispositivo oficial regulador, que acepta el juego de envite de los unos y de los otros, sin poner freno ni límite a las apuestas?...

¿Quién quema las patatas, en realidad?... Nadie, por unas razones o por otras, se decide a denunciar a los responsables y las patatas se queman. Y el consumidor, indefenso, sin culpa, paga y canta o reza:

Ea, mi niño, ea...
¿Quién te roba la patata?
¿Quién te hambrea?...

Por un León menos sucio

Parece ser que los leoneses nos hemos impuesto voluntariamente la obligación de luchar contra las degradaciones ecológicas, contra las corrupciones del medio ambiente, contra las contaminaciones a que la Capital es sometida, tanto por sus propios condicionamientos industriales o derivados del tráfico, como por la desidia de los habitantes. Durante este tiempo dedicado a la lucha contra la degradación de la Naturaleza y la defensa del llamado medio ambiente, en el cual el hombre o se mueve libremente y con seguridad o perece, escuchamos apelaciones a nuestro civismo, a nuestra condición de seres presuntamente civilizados, a nuestra conciencia de hombres conscientes por más que vulnerables.

Se nos propone un análisis a fondo de nuestros comportamientos, en cuantos componentes de una comunidad en peligro; se nos insta a una serena y profunda meditación sobre las consecuencias de cualquier forma de relajación de la vigilancia que corresponde ejercer sobre cuantos de alguna manera deterioran el medio en el cual estamos condenados a desenvolvernos. Y se propone, como solución: "¡Hay que mentalizar al hombre de la calle, para que sea menos hombre de la calle y se convierta en ordenador de los valores naturales que nos permitan usar de la calle sin peligro!". Porque el riesgo mayor está en la calle.

¿QUE PUEDE HACER EL HOMBRE DE LA CALLE?

Y el hombre de la calle, que está suficientemente mentalizado, que sabe lo que se juega en la contienda, se pregunta: "¿Y yo qué puedo hacer?". Y disciplinadamente atiende a casi todas las prescripciones: Y guarda sus residuos, y cumple las ordenaciones municipales sobre la recogida de sus basuras, y busca ávidamente una papelera, con o sin anuncios, en la cual depositar los restos que tiene en la mano.

El hombre corriente y moliente, el ciudadano medio, cumple estrictamente las sugerencias que se le hacen. No es fácil encontrarse, salvo en casos de excepción para los cuales debe estar la Policía Municipal, un vecino de la villa que se complazca en llenar de escombros su calle, ni en derramar los residuos de su casa por la Plaza de los Adoquines.

Si el vecino, si el ciudadano, si el contribuyente, sobre todo el contribuyente, que paga y calla, comprobara que los Organismos a los que compete el menester de velar por la integridad de nuestro medio ambiente, cumplieran eficazmente con su deber, además de sentirse defendido, se consideraría obligado a la imitación. Pero...



HAY QUE MENTALIZAR A LOS ORGANISMOS

Pero es, señoras y señores del Ecologismo andante, que a los primeros o si se quiere a los únicos a los cuales corresponde un aleccionamiento inmediato y a fondo, una mentalización adecuada a sus obligaciones libremente contraídas y una concienciación, es a los Organismos, que en ningún caso demuestran ni su sensibilidad ante el tema, ni su capacidad para resolverlo.

Porque la verdadera contaminación de las ciudades —la de León concretamente— parte, comienza y se origina en los servicios que el Ayuntamiento ampara en cierto modo, al no ejercer la debida vigilancia sobre aquellas sociedades sobre las que depositó la obligación que al Ayuntamiento corresponde.

Las calles y las plazas y los jardines y las vías urbanas de León, no pueden proponerse como modelos de limpieza, como ejemplos de responsabilidad bien entendida... Cuando, a través de los altavoces, los miembros del Partido o Grupo Ecologista Leonés, invitaban al pueblo a concurrir a sus manifestaciones en favor de un León menos sucio, contemplábamos al paso cómo, nada menos que en la Plaza de Calvo Sotelo, en la que el mismo Gobernador Civil tiene su Casa y su asiento, el aire acumulaba grandes bandadas de papelones, envueltos en polvo... Y decenas de automóviles dejaban escapar grandes masas de humos tóxicos... Y varias motocicletas tableteaban iracundas el espacio convirtiendo el recinto de la Plaza en un estrepitoso infierno... Y los niños, hacinados en el centro de la plaza, rodeados de un minúsculo y ridículo jardincillo, se jugaban la vida cada vez que se salían de los estrictos bordes de cemento.

¿PAGAMOS PARA ESO, O NO PAGAMOS PARA ESO?

Y, claro, pues entonces, caímos en la cuenta de que a quien hay que predicar, a quien hay que mentalizar, a quien hay que concienciar en relación con el tema de la Defensa del Medio Ambiente, no es al ciudadano, ya en periodo peligroso de intoxicación colectiva, sino a los Organismos sobre los cuales recae la responsabilidad de construimos un León, sino más limpio, sí menos sucio, que para eso pagamos. ¿O no pagamos para eso?...

VICTORIANO CREMER